

# ...AHORA EN ESPAÑA

Un «clásico»  
de la literatura moderna

## JOSEPH KESSEL

con  
la más importante  
de sus obras:



# LA FUENTE DE MEDICIS

sensacional primera parte  
de

## EL CUARTETO DE PARIS (Le tour du malheur)

Por la violencia de las situaciones, así como por la pintura de un mundo —la Francia de la Gran Guerra y de la década de los 20— es esta la obra maestra de Kessel novelista. Veinticuatro años después de su publicación «El cuarteto de Paris» aparece como una revelación doble: novela esencial de mediados del siglo XX y libro de memorias, reales e imaginarias, de la agitada y aventurera vida de Kessel.



EDITORIAL  
POMAIRES S.A.

Santiago de Chile / Buenos Aires / México / Barcelona

## «Antología de la poesía soviética»

Si hay un suceso en la historia contemporánea del que puede decirse que consiguió arrastrar a toda una pléyade de creadores de temperamentos y personalidades, sin embargo, absolutamente dispares, ese suceso fue, sin duda, la revolución bolchevique de 1917.

Cobró de pronto tal impetu la corriente de la historia, que había que estar muy fuertemente amarrado a la roca de la tradición para resistir su empuje. Ni siquiera lo consiguió un espíritu tan profundamente conservador y vuelto hacia las esencias de su patria rusa, un nostálgico tan genuino de un modo de vida, el rural, condenado a desaparecer bajo el hacha implacable del progreso, como Serguei Yessenin. El mismo reconocería, sin embargo, con una sinceridad que resulta emocionante, su propia incapacidad para marchar a grandes zancadas, como un Mayakovski, por la senda recién inaugurada de la Revolución: «Cuando intento alcanzar/a las huestes de acero, me quedo con un pie en el pasado, con el otro resbalo y caigo al suelo».

Lo que no impide que el mismo poema acabe con esta patética y significativa exclamación: «¡Qué ganas tengo/de remangarme los pantalones/y echar a correr tras del Komsomol!».

Ocurrió —y esto explica los traumas, desengaños, deserciones y hasta suicidios que jalonaron la década siguiente— que cada poeta interpretó aquellos acontecimientos según su peculiar idiosincrasia, de acuerdo con su particular visión del mundo. Sólo muy pocos supieron ver con lucidez el sentido político de la revolución bolchevique.

Otro caso especialmente ilustrativo al respecto es el de Alexander Blok. Para el espí-

ritu mesiánico de este gran simbolista, los sucesos de 1917 significaban ante todo el derrumbamiento definitivo del viciado humanismo occidental y el comienzo de una nueva era que había de caracterizarse por el triunfo del espíritu de la música unido a una resurrección del cristianismo incontaminado de la Biblia. Véase, por ejemplo, el sorprendente final de su poema revolucionario «Los doce»: «Y delante de ellos con bandera roja/invisible en nieve de albos de alas, inmune a las balas, andando en el aire con un paso leve, llevando un tesoro de perlas de nieve/coronas de rosas que jamás se han visto, delante de ellos marcha Jesucristo».

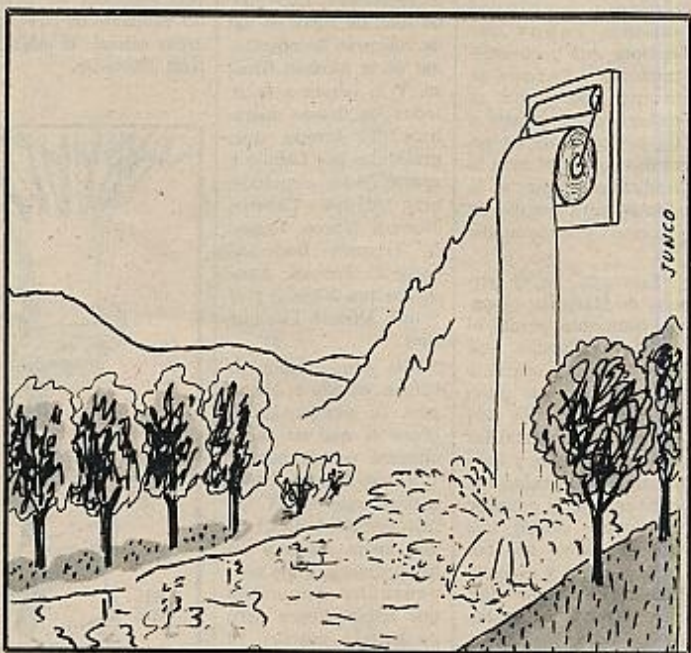
La identificación del futurista Mayakovski con la revolución de 1917 fue, por el contrario, absoluta y libre de equívocos. Agitador nato, con una inigualable capacidad retórica, épico y lírico, tierno y sarcástico, infatigable experimentador de ritmos y metros, creador de siempre sorprendentes metáforas, Mayakovski fue el auténtico vocero de la Revolución, y junto con el también poeta y teórico Jlebnikov, iba a ejercer una tremenda influencia en toda la poesía

posterior en lengua rusa. De esa poesía que cabe también calificar de «soviética», aunque este término tenga un radio de aplicación mucho más amplio, ya que en la URSS se hablan, si no me equivoco, más de ciento diez lenguas distintas, la editorial Júcar nos ofrece ahora un testimonio en forma de antología.

Partiendo de aquella fase fundacional, de auténtico fervor creativo, y en la que coexistieron, en abierta y fructífera competencia, todo tipo de ismos —futurismo, acmeísmo, simbolismo, constructivismo— representados por poetas de la talla de Mandelstam, Ajmatova, Aseyev, el joven Pasternak, etcétera, aparte de los antes nombrados, la poesía soviética ha pasado, en lo que va de siglo, por toda una serie de peripecias: una primera etapa de reacción, coincidente más o menos con el suicidio de Mayakovski (1930), y marcada por las acusaciones de «idealismo» y «formalismo» de que fueron objeto algunos de los creadores más brillantes del período inmediatamente posrevolucionario, a la vez que por el triunfo de la doctrina del realismo social; paréntesis de la segunda guerra mundial caracterizado por un

cierto relajamiento de la disciplina artística y una mayor espontaneidad creativa: la realidad puede en esos momentos más que cualquier «diktat»; nuevo en endurecimiento tras el fin del conflicto: política cultural de Jdanov, totalmente castrante, a la que pone fin el nombramiento de Jrushchov como primer secretario —1953— y su posterior acceso a la presidencia del Consejo de Ministros —1958—, fecha en que se inicia una etapa liberalizadora, no sin altibajos, en la que saltará a la palestra una nueva generación caracterizada por una sincera preocupación ética, a la vez que por un abandono de las fórmulas impuestas, y cuyos representantes más destacados serían Yevtushenko y Vosnesenski, ambos nacidos en 1933.

Debido al especial carácter de la antología cuya aparición ha motivado estas líneas, difícilmente encontraremos en ella un reflejo suficientemente claro de las crisis individuales y colectivas que se pueden detectar en la poesía soviética de estos años. Al final de su prólogo, el recopilador explica: «Sólo he tratado de señalar algunos de los rasgos característicos de la poesía sovié-



tica en el curso de su desarrollo y que constituyen el conjunto de expresiones disímiles, pero aunadas por esa red de posibilidades artísticas que se integran en el realismo. Creo que en esta última palabra, **realismo**, convenientemente liberada del epíteto **social**, nos da la clave del sentido de la antología.

La principal pega que puede ponerse a una obra de este tipo es la de que en razón del número de poetas considerados en tan breve espacio —casi setenta en un total de doscientas treinta páginas—, el lector sólo se forjará una opinión muy general de la orientación de la poesía soviética de estos cincuenta y tantos años, sin que pueda empero calar en el universo particular de ninguno de los poetas representados. Los dos poemas recogidos de Vosnesenski, «Secoya Lenin» y «Baños siberianos», por ejemplo, no pueden darnos más que una pálida idea de la importancia real de este poeta, cuya obra, marcada por un fuerte acento surrealista —ausente prácticamente de la poesía soviética posterior a 1930—, nos recuerda la frescura de inspiración de los comienzos.

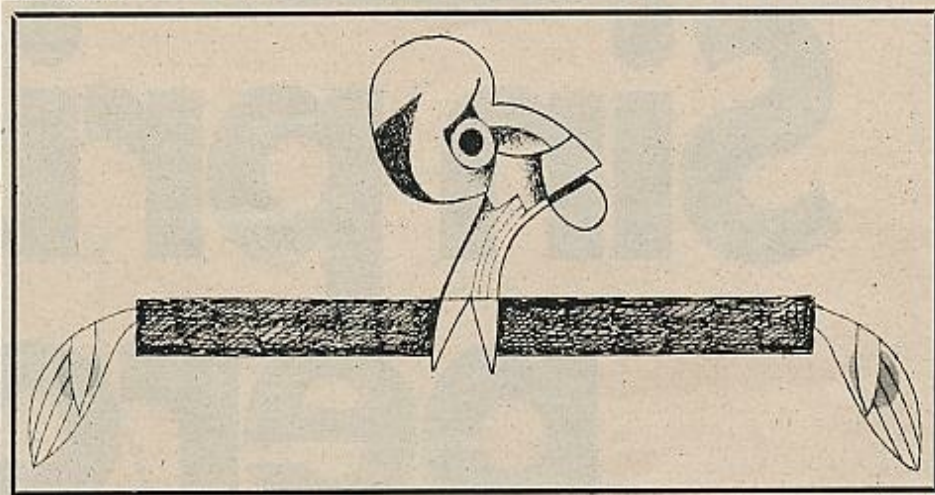
Esta «Antología de la Poesía Soviética» tiene, por el contrario, el aliciente de ofrecer versiones en su mayor parte realizadas a partir de traducciones literales por especialistas de poetas, y escritores en general, españoles y latinoamericanos, como Alberti, Angel González, Celaya, Caballero Bonald, Arconada, Blas de Otero, Nicanor Parra, Carlos Álvarez, José Santecreu, Javier Alfaya, etc., que se han preocupado de adaptar los ritmos y metros de la poesía rusa a los propios de nuestra poesía, tarea en absoluto fácil. Se trata, con todo, de un experimento interesante. ■ JOAQUIN RABAGO.

Antología de la Poesía Soviética, a cargo de Alexander Nakarov. Ediciones Júcar.

«Juan Ramón Jiménez», de Angel González

La colección **Los poetas**, de la editorial Júcar, se ha ido perfilando como una idea inteligente y oportuna: revisar a algunos poetas, españoles o no, conflictivos y contradictorios siempre, desde perspectivas nuevas o personales, desde supuestos inéditos o no habituales (véase el **San Juan de la Cruz** de José Luis L. Aranguren o el **Espronceda**, de Guillermo Carnero), es una aventura muy digna de tener en cuenta. **Juan Ramón Jiménez** nos llega de la mano de Angel González (1). No voy a detenerme en esta cuestión, que agudamente deslinda el autor nada más comenzar su trabajo, pero vaya por delante el hecho repetido y significativo de la intermitente negación y aceptación por las que ha pasado Juan Ramón, se-

(1) Angel González, **Juan Ramón Jiménez**. Ediciones Júcar. Madrid, 1973.



gún han ido soplando los vientos literarios, y el escaso y perezoso entendimiento de su poesía y de su actitud literaria.

Para Angel González, la obra de Juan Ramón Jiménez se muestra como «una irresistible tentación», a causa de su «refinamiento en el plano expresivo, sin superación en la poesía moderna española». Por ello, nuestro autor prefiere aparecer en este trabajo, completísimo aun en su concisión, como un lector que nos transmite sus impresiones, que, como tales im-

presiones personales, pueden ser discutibles; que constituyen, dice, «una sugerencia que no pretende interferir la libertad de otros lectores». Lo que nos permite, al finalizar la lectura, encontramos ante una serie de incitaciones al diálogo, al comentario, a la discusión. Y cuando esto sucede con un poeta como Juan Ramón Jiménez, del que tanto se ha consagrado, no nos queda otro remedio que considerarlo como una muy buena señal.

Muchos serían los

puntos que merecen atención detenida, pero trataré de fijarme en aquellos que suponen una clarificación de las perspectivas críticas habituales, o que son el despertar de unos temas dormidos tras la insistencia en unos reiterados elementos de juicio. Por ejemplo, la reducción de la biografía juanramoniana a dos momentos clave: la infancia afortunada (traducida en la serena y gozosa posesión contemplativa del mundo, de tanta trascendencia en la personalidad poética del escritor) y los tres

viajes por mar (el del año 1916 para su boda; el de 1936, camino del exilio voluntario, y el de 1948, que marca la culminación de su obra, que marcarán otros tantos momentos decisivos de su obra. Y junto a ello aparecerá el análisis de esos temas fundamentales de su poesía: la unidad y la búsqueda de la perfección unitaria, a lo largo de la constante lucha con la expresión; el proceso consiguiente de la desnudez de la poesía, todo ello explicado por Angel González con una precisión que no es habitual entre los exegetas del poeta de Moguer:

CANARIAS: UN PLAN CULTURAL

Se ha anunciado en las islas la redacción de un anteproyecto de plan regional de acción cultural, que sería llevado adelante por las dos Mancomunidades de Cabildos, y que podría recibir anualmente 500 millones de pesetas a cargo del presupuesto de ambos organismos. Los trabajos de consulta se encuentran ya adelantados, aunque aún el proyecto ha de pasar al trámite de información pública.

En unas islas que sufren un alejamiento secular de las fuentes culturales, que aún en 1974 padecen un índice de analfabetismo real superior al 20 por 100 (el 30 por 100 de los mozos de la región no saben escribir ni leer, según datos tomados en el CIR), que viven una modorra ancestral por su pertinaz subdesarrollo y la gran distancia de los centros de cultura peninsulares, el mero anuncio de tal proyecto ha provocado la expectación de unos y el escepticismo de los más. ¿Por qué? Pues porque no acaba de nacer siquiera esa formulación previa y ya surgió el escorzo de la incógnita, la duda latente, la esclerosis ante un planteamiento que parece radicalmente insuficiente, no alejado de una concepción de cultura «mortuoria», necrófila y, por ende, triunfalista y excesivamente alejada de las coordenadas auténticas de nuestra vida.

Hasta el momento tampoco ha sido consultada una base amplia para aportar sugerencias y esquemas del plan. Parece que todo se discute por unas componendas que trabajan en un secretismo sospechoso. Lo lógico —y lo aconsejable— sería llamar a cuantos tienen algo que decir, algo que aportar. En Valencia, los Premios Octubre han supuesto toda una llamada a la regionalización de una cultura con unos di-

neros ínfimos, pero con una capacidad de convocatoria increíblemente extensa.

¿Qué va a ocurrir en las islas? El hecho de que varios cientos de millones de pesetas sean puestos al servicio del plan hace plantear todos los temores. Temores, por ejemplo, de que el pretendido plan se convierta tan sólo en una inyección monetaria a unos usos culturalistas desfasados. Intentar hacer lo que siempre se hizo (conferencias, exposiciones, congresos galdosianos, semanas americanistas, homenajes a los vates desaparecidos, ediciones que huelen a rancio por los cuatro costados, los ciclos de confrontación de unos criterios vetustos de análisis histórico), olvidándose —siempre— el legado arqueológico de la región, la promoción de la cultura «popular», el cuidado de actividades autóctonas, como la artesanía, la dedicación a las áreas rurales, el rescate de tantos nombres ahogados bajo la lápida de la posguerra, el fomento de la investigación científica e histórica, la empresa de clarificar nuestro «ser histórico» auténtico, la realidad de un plan de ediciones que fomenten la creación de aquellos que encuentran dificultades para llegar a Madrid y Barcelona, el poner las salas madrileñas y barcelonesas —así como las extranjeras— al alcance de los pintores nacidos en esta latitud, el estímulo de aquellos hombres que aun pese a las dificultades hicieron acto de presencia cultural en el transcurso de los tiempos; soslayar eso, en suma, sería inaceptable. Buena ocasión esta para ampliar la consulta, huir de la capilla clivista y exclusivista. Claro que aún hará falta esperar a los hechos, por ver si éstos confirman la esperanza o la entierran definitivamente. ■ LUIS LEON BARRETO.

Paralelamente a su afán de desnudez, muestra Juan Ramón Jiménez su deseo de prescindir de la forma, de anularla, de dejar la esencia poética no sólo desnuda, sino también errando, libre, en la indeterminación de un verso abierto, no sujeto a ninguna norma previa, nacido a la vez que la idea poética que sustenta, sin otra función que expresarla.

Me interesa destacar la objetividad con que, a pesar del amor confesado por la obra de Juan Ramón, se enfrenta Angel González a su estudio. Así puede deslindar perfectamente los valores expresivos del poeta, aun frente a las constantes acusaciones de egocentrismo individualista que ha padecido (y González nos explica con claridad esta cuestión de la soledad y la negación de todo contacto con el mundo exterior en Juan Ramón), reafir-